

## INTRODUCCIÓN

Mi interés por descubrir *quiénes* habían sido los falangistas, *por qué* se habían convertido en falangistas y *que habían hecho* como tales falangistas se remonta al último año de licenciatura, el ya lejano —y, al mismo tiempo, paradójicamente, tan cercano— curso 1988-1989. Por aquel entonces, el inabarcable temario de Historia Contemporánea de España se agotaba en la Universidad compostelana en la Segunda República. La Guerra Civil y el régimen de Franco, al igual que la transición a la democracia, no eran objeto de examen ni de discusión, pero sí —al menos eso fue lo que ocurrió con mi promoción— solían ser ofrecidos por algunos profesores como trabajos de iniciación a la investigación o de ampliación bibliográfica con los que salvar la parte práctica de la materia o, tan solo, para subir nota.

En aquel entonces, el trabajo con *fuentes orales* empezaba a dar sus primeros pasos en la Facultad gracias a la labor desarrollada por Marc Wouters e Isaura Varela, que se concretaría en el proyecto HISTORGA (Historia Oral de Galicia), con el que entré en contacto en dicho curso. Por razones que no son del caso, lo que iba a ser una investigación sobre los falangistas ourensanos acabó derivando en un estudio de la represión en una aldea de los arrabales de la vieja Auria, realizada a partir de un buen número de testimonios de protagonistas que habían sobrevivido a los *años de miedo y hambre*, a los grises cincuenta, al desarrollismo, a la transición y a la consolidación democrática. Hombres y mujeres que, todavía con el recuerdo del fracasado intento de golpe de Estado del 23-F de 1981 muy presente, le abrieron las puertas de sus casas a un extraño armado con un walkman que les hacía un sinfín de preguntas incómodas sobre un pasado que hasta entonces había permanecido oculto y silenciado.

En aquellos tiempos no hablábamos tanto de perpetradores o de víctimas como de represores y de represaliados. Los segundos, de algún modo, parecían sentirse reconocidos en la joven democracia española, satisfechos por las expectativas de progreso que abría la reciente entrada en la Comuni-

dad Económica Europea (CEE) para sus hijos y nietos y, con matices, nada incómodos con el discurso del *perdón* y el *olvido*. Una de estas *zonas grises* tenía que ver, precisamente, con la espinosa cuestión de los verdugos, los señaladores y los colaboradores con la represión. Todos ellos coincidían en señalar como principal responsable de aquella al párroco, en quien se concentraban todas las responsabilidades por los asesinatos, las ejecuciones y los años de cárcel, exilio u ocultamiento padecidos por un buen número de hombres. Era mucho más sencillo culpar a una persona ajena al pueblo, al ecónomo que no tardaría en abandonarlo poco después de la tragedia, que hablar del papel jugado por unos cuantos vecinos, todavía vivos, con los que no solo se compartían toda clase de vivencias cotidianas, sino que algunos de sus descendientes habían formado nuevas familias con los vástagos de sus propias víctimas. A pesar de ello, el nombre de unos cuantos falangistas no tardaría en emerger de la boca de los más mayores. Retengo en mi memoria de modo especial los que me proporcionó un anciano, ya enfermo, que a pesar de ello insistió en hablar conmigo después de exigir que sus familiares abandonasen la habitación en la que yacía en cama para «contar cosas que ni siquiera a ellos había contado» en más de cincuenta años.

Ni que decir tiene que ninguno de los falangistas a los que visité se prestó, de buen ni de mal grado, a ser entrevistado. De la mayoría apenas logré sacar algunas frases de interés para mi investigación, pero sí, cuando menos, aunque en aquellos momentos no fuese mi prioridad, pude hacerme una idea de a qué se dedicaban, cuántos años tenían y por qué habían ingresado en Falange. A pesar de tan escaso bagaje —incluidas las grandes limitaciones intelectuales de un estudiante de licenciatura—, lo cierto es que de repente me vi enfrentado a la primera gran contradicción de la que era consciente entre «lo que decían los libros» y «la realidad» recién descubierta. Mis lecturas de entonces se limitaban a algunas de las clásicas historias de Falange y al testimonio de familiares y conocidos, que describían al partido de José Antonio como un reducto de «señoritos» —un sambenito del que nunca logró desprenderse—, en su mayoría hijos de propietarios y burgueses, miembros de «la gente bien», que despreciaban a los obreros y a los que vivían del campo; ociosos jóvenes que se creían superiores al resto de los mortales, que odiaban al marxismo y al separatismo y que desataron su furia asesina sobre aquellos, directamente o por traidores a su clase, para vengarse así de los avances conseguidos por la gente humilde durante el quinquenio republicano.

Mis interlocutores, en cambio, eran fiel reflejo de una realidad mucho más matizada y poliédrica y, por qué no decirlo, mucho más incómoda. El

primero al que visité, aun cuando no permitió ser grabado, sí se prestó a conversar un buen rato en un banco situado frente a su casa. Desde el principio dejó claro que él no había tenido nada que ver con la represión, porque había salido como voluntario para el frente a las pocas semanas de declararse el estado de guerra y fue entonces cuando decidió hacerse falangista, sin haber cumplido siquiera los 18 años. Según él, nunca había tenido grandes preocupaciones políticas ni había militado en ningún partido, aunque reconoció que durante la etapa del Frente Popular había tenido más de un encontronazo con algunos vecinos porque pertenecía a una familia católica de medianos campesinos, que trabajaba de sol a sol, pero votaba a Calvo Sotelo, uno de cuyos «amigos políticos» les había conseguido atención hospitalaria gratuita. Incluso había formado, con otros jóvenes, un pequeño grupo que había prestado servicio de protección y vigilancia del párroco y de la iglesia cuando se había extendido el rumor de que los izquierdistas querían atentar contra ambos. También insinuó que en su casa se hablaba de la Falange antes del golpe y que de ella le seducía de modo singular su defensa de España frente a Moscú, que según él era la única referencia que salía de las bocas de los «marxistas» de la aldea y de la capital, y el aura de heroísmo, de sacrificio por un ideal, que envolvía a sus afiliados y, en especial, a su líder. Pero había sido la vorágine desatada por la guerra —los procesos de construcción simbólica del enemigo, según nuestra terminología actual—, el «ellos» o «nosotros», y la firme creencia de que tras la victoria emergería una nueva sociedad, lo que resultó determinante en su decisión final de inscribirse en Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FE de las JONS) antes de rematar 1936.

El segundo reconoció haber ingresado en Falange solo un par de meses antes del golpe de Estado. A diferencia del anterior, aunque su familia era asimismo de origen campesino, pero más modesta, trabajaba como aprendiz en un establecimiento comercial de Ourense, al que se desplazaba andando todos los días para retornar a su domicilio con el atardecer. Su propietario, al que raras veces veía porque quien en realidad llevaba el negocio era un encargado, cotizaba en la sombra para Falange. Fue dicho encargado quien, según su testimonio, lo convenció para ingresar en el partido, porque «si era necesario había que hacerse fascistas con tal de acabar con aquella situación». Unos días antes de que le trajera el carné, durante una manifestación, unos izquierdistas habían apedreado los escaparates del comercio sin otra justificación aparente que la de «estar regentado por fascistas». Después, confesó, varios de los agresores «acabaron mal por gritar demasiado, al igual que en el pueblo»: la única referencia de la que, quizá, podría deducirse su

papel a la hora de señalar a quienes debían ser objeto de castigo; algo que para más de una de las víctimas no ofrecía dudas. Aunque no reconoció de forma explícita que en su ingreso debió de influir el deseo de conservar su puesto de trabajo, de lo que no hay duda es que no deseaba contrariar a su jefe cuando se lo propuso. Tampoco, porque en este punto sí que fue taxativo, que desconocía en profundidad el ideario de Falange. «Apenas dos o tres ideas», dijo: que los marxistas nos llevaban a la ruina; que España volvería a ser grande si se libraba de los separatistas y de los partidos políticos; que se estaba gestando un nuevo mundo y que tú podías estar ahí... Jamás, aseguró, participó en reunión alguna antes del golpe, nadie le encomendó una misión o servicio especial y se limitó a contribuir con algunas pesetas para ayudar a unos camaradas presos que ni siquiera conocía en persona. De hecho, en la aldea, se desconocía por completo su reciente filiación. Al menos a juzgar por el hecho de que entre la noche del 18 y la mañana del 20 de julio los frentepopulistas no le prestaron la menor atención ni su domicilio fue registrado en busca de armas; ni siquiera lo presionaron para cortar las líneas telefónicas y telegráficas cuando se tuvo constancia de la salida de las tropas a la calle, la única manifestación de resistencia al golpe de cierta significación ocurrida en los alrededores. Al día siguiente, sin embargo, acudió a la Comandancia Militar a ponerse a disposición de los rebeldes y, con otros camaradas, fue enrolado en una columna con soldados y milicianos que acudió a someter algunos reductos de resistencia en contadas localidades ourensanas que no quiso concretar. Después vendría la movilización, la guerra, el desencanto tras la victoria, la vuelta al trabajo de la tierra, que detestaba, y, por fin, la emigración a mediados de los años cincuenta.

El tercero encajaba de lleno en la categoría más repetida en la literatura especializada de por entonces: un antiguo izquierdista —eso sí, no muy «significado»—, detenido unos meses después de la sublevación, que decidió enrolarse como «voluntario» cuando tuvo las primeras noticias de que las cunetas empezaban a teñirse de sangre, aprovechando para ello la visita a la cárcel de un militar que les ofreció «el paredón» o la «milicia». Más tarde le comunicaron que su nombre aparecía entre los encausados en un sumario incoado por la jurisdicción de guerra, pero el informe favorable de los mandos fue decisivo para que el instructor acordase el sobreseimiento de las actuaciones mientras el proceso continuaba contra sus antiguos correligionarios. El posterior licenciamiento vino acompañado de su ingreso como «adherido» en Falange Española Tradicionalista y de las JONS (FET y de las JONS), pero no pudo superar el proceso de depuración interno y, según él, fue expulsado sin haber llegado a militar con propiedad en el partido.

El último, al que entrevisté tras la verja de su casa, sin que me dejara traspasarla a pesar de una lluvia impenitente, fue, sin duda, el que más embarazo generó en el entonces joven aspirante a historiador. Básicamente, porque su historia personal era el fiel reflejo de esas *zonas grises* que, con el andar de los años, serían tan del gusto de la historiografía. A principios de octubre de 1934, con apenas veinte años, trabajaba en el ferrocarril y ya tenía alguna experiencia en la conducción de trenes, aunque no estoy seguro que estuviese reconocido de modo oficial como maquinista. Como casi todos sus compañeros estaba afiliado al sindicato ferroviario de UGT, en la práctica una obligación ineludible para poder trabajar. Cuando los líderes sindicales decidieron declarar la huelga general en solidaridad con los mineros asturianos, nuestro protagonista, por necesidad, se ofreció voluntario para conducir un tren que, según dijo, fue el último que circuló antes de que el paro se convirtiese en total. Recuperada la normalidad, mientras algunos de sus antiguos camaradas perdieron su puesto de trabajo, a él lo convirtieron en fijo y el jornal llegaba de forma puntual a una familia menesterosa. Tras la victoria del Frente Popular, los despedidos fueron reintegrados a los tajos, a él se le impuso una multa por parte del sindicato y, por último, perdió su empleo por «esquirol». Carente por completo de recursos, buscó el amparo de un contratista del ferrocarril que le ofreció trabajar en la vía en las inmediaciones de su aldea por un jornal que, aunque inferior, le permitía al menos llevar algo que comer a la boca. El peaje fue su ingreso en Falange, a la que también pertenecía, en la sombra, dicho contratista. Del partido de José Antonio no solo desconocía por completo su ideario, sino que, hasta entonces, aseguró que lo despreciaba porque en el sindicato decían que solo «le hacía el juego a los ricachones». De este modo, acabó por ganarse el odio de la mayoría de sus antiguos compañeros y de buena parte de sus vecinos, que no debían desconocer que su nueva situación conllevaba otras cargas además de la militancia. Entre ellas el papel de puntual informante de lo que se tramaba en los tajos y, más tarde, unos meses después de consumado el golpe, cuando se puso en marcha el proceso inquisitivo para depurar a cuanto izquierdista real o presunto moraba en la aldea, el de señalador de los elementos más activos y testigo de carga en el sumario incoado por la jurisdicción militar.

Nuestros cuatro protagonistas poco tenían que ver, por tanto, con la visión canónica de la militancia de FE de las JONS consagrada por la historiografía de entonces. Casi una década después, mientras realizaba mi tesis doctoral, tuve de nuevo ocasión de verme confrontado a las experiencias vitales de muchos falangistas, implicados o no en la represión. No tardé en descubrir que para hacer inteligible aquella en toda su complejidad no bas-

taba con desgranar los centenares de sumarios incoados por la jurisdicción militar, los libros registro de prisiones, los expedientes carcelarios y los registros civiles, donde habían dejado huella una porción de los asesinados extrajudicialmente. Había que retrotraerse, al menos, como en el caso de nuestro último intérprete, hasta octubre de 1934. Y en ese ejercicio retrospectivo, los primitivos falangistas tenían reservado un papel primordial. Fue entonces cuando, a la luz de los importantes avances historiográficos sobre el fascismo cuya relación omitiremos dada la existencia de numerosos «estados de la cuestión» en las obras de referencia que aquí se citan<sup>1</sup>, pude ir completando la imagen inicial, impresionista en exceso, que había comenzado a perfilar tiempo atrás.

Para ello, me fueron de gran utilidad las entrevistas realizadas por Xosé Manuel Núñez Seixas y Marc Wouters —también utilizadas en su día por Marco Claas en su tesis doctoral— de forma coetánea a las mías. Depositadas en un principio en el Fondo HISTORGA (Departamento de Historia II, Universidad de Santiago de Compostela), se integran en la actualidad en la *Unidade de Patrimonio Documental Oral Contemporáneo* (UPDOC) de la Universidad de Santiago, en la que se conservan, asimismo, un buen número de testimonios que, aunque focalizados en el análisis de la represión a nivel *micro*, también contienen referencias a falangistas de un buen número de municipios gallegos. Dichas entrevistas recogen las impresiones de varios *camisas viejas* cercanos al núcleo dirigente de la Falange ourensana, procedentes de un entorno urbano y familiar —la práctica totalidad de clase media y media-alta— bien diferente al de aquella aldea que antaño había despertado mi interés. Pude hablar con varios de ellos, ya octogenarios, pero solo uno, antiguo responsable del Sindicato Español Universitario (SEU), permitió que sus recuerdos fueran grabados.

Llamó mi atención lo poco que había cambiado su discurso respecto a diez años atrás en lo que se refiere a las razones que les habían impulsado a entrar en Falange, su visión de los convulsos años republicanos, las cuestiones relativas a la represión, a la entrada en masa en el partido de un sinnúmero de hombres ajenos por completo a la Falange primigenia y su percepción

---

<sup>1</sup> Además del tratamiento de dichos avances en las obras de autores como J. M<sup>a</sup>. Thomàs, F. Gallego, J. Gil Pecharrómán, M. Peñalba Sotorrío o E. González Calleja, vid. THOMÀS, J. M.<sup>a</sup>, «Los estudios sobre las Falanges (FE de las JONS y FET y de las JONS): revisión historiográfica y perspectivas», en: *Ayer. Revista de Historia contemporánea*, 71, 2008; y SANZ HOYA, J., «Falangismo y dictadura. Una revisión de la historiografía sobre el fascismo español», en: RUIZ CARNICER, M. Á. (coord), *Falange, las culturas políticas del fascismo en la España de Franco (1936-1975)*, Editorial Institución «Fernando El Católico», Zaragoza, 2013, vol. I, pp. 25-60.

del régimen de Franco y la transición a la democracia. Más allá de la acentuación de su desencanto con la situación política española del momento —tal vez alguno esperaba que la recuperación del poder por parte de la derecha hubiera significado un cambio radical en algunos aspectos que no le resultaban gratos— diríase que permanecían fieles a la esencia de una interpretación autoconstruida de los hechos que les resultaba confortable, incluido en lo que tenía de frustración de un ideal juvenil que parecía otorgar sentido a sus particulares experiencias vitales.

Las respuestas al *por qué me hice falangista* fueron diversas, como cabía esperar. En general, en su caso, predominaban las referencias a toda una serie de elementos que demostraban la importancia de la dimensión cultural y simbólica y de lo irracional a la hora de explicar lo que, en última instancia, era una decisión personal: el espíritu juvenil, la lucha heroica e, incluso, una particular forma de gestionar la violencia en las calles; una simbología y unos rituales propios que los distinguían de sus rivales; un estilo, un lenguaje, una retórica y una estética característicos; la idea de comunidad imaginada, casi de secta, y el servicio a ella aun a riesgo de la propia indemnidad; el atractivo que en ellos despertaba el riesgo, lo secreto y el sentir que formaban parte de una conspiración destinada a alcanzar metas sublimes; la creencia en una nueva sociedad y en otra forma de vida que rompería de plano con todo lo que percibían como viejo y caduco; y, por supuesto, la convicción de formar parte de una minoría selecta y de un movimiento que era el único capaz de ofrecer a los españoles esa empresa colectiva superadora de las grandes fracturas que los dividían esbozada por el líder supremo.

Recuerdo que dos de ellos se molestaron ante mi insinuación de que el deseo de conservar su envidiable posición social amenazada por el reformismo republicano y, sobre todo, por las aspiraciones revolucionarias del proletariado no debió de ser ajeno a tal decisión. Su insistencia en contraargumentar que esa nueva sociedad inventada permitiría superar o, al menos, reducir las profundas injusticias y desigualdades sociales entonces vigentes movilizándolo todas las capacidades existentes —eso sí, sin cuestionar que correspondía a los *elegidos* ejercer el gobierno y fijar el rumbo— y que eso no tenía nada que ver con la defensa de privilegio alguno me convenció, solo en parte, de que no pocos de aquellos primitivos falangistas creían con firmeza en aquella cuando cursaron su alta en el partido. Al fin y al cabo, su discurso no difería en exceso del que había escuchado de boca de una docena de antiguos militantes comunistas y de las Juventudes Socialistas que, asimismo, habían estado imbuidos de parecido espíritu juvenil, creían en el potencial transformador de la violencia, habían vislumbrado su propia comunidad so-

ñada y tenían sus particulares liturgias. Que, seducidos por *la fe que vino de Rusia* —afortunada expresión con la que Juan Avilés encabezaba uno de sus trabajos— también habían expresado su confianza ciega en las promesas de un nuevo paraíso terrenal donde no tendría cabida la explotación del hombre por el hombre.

No remataban ahí las coincidencias entre ellos. Concordaban, por ejemplo, en asegurar que cuando ingresaron en sus respectivas formaciones no *eran* propiamente falangistas, comunistas o socialistas, sino que *se habían hecho* una u otra cosa a través de la militancia diaria en el partido. «¿Qué vas a saber de ideología con 16 o 17 años?», repitieron en varias ocasiones los de uno y otro color. Ángel López Gutiérrez, el tercer responsable del Sindicato Español Universitario (SEU) ourensano, explicaba que la afiliación a un partido de la naturaleza de Falange no venía dada por unas ideas sino «por una afinidad», porque «uno aprende a ser falangista después [...] de haber ingresado en la Falange»; es después cuando se va «aprendiendo a defender la idea, y a vivirla...»<sup>2</sup>. Otro, Camilo Dios Fernández, exguerrillero y comunista hasta el final de sus días, lo expuso todavía de forma mucho más gráfica buscando similitudes con otra fe: «tú no naces cristiano; te hacen cristiano con el bautismo, pero no te conviertes en cristiano hasta que actúas como un cristiano». También lo hacían a la hora de explicar *por qué* no había sido posible la *revolución pendiente* con la que cada cual había fantaseado en los ardorosos años de mocedad y transmitían, asimismo, parecida sensación de fracaso y desengaño.

Mi búsqueda de informantes continuó por un tiempo, aunque con marcados rendimientos decrecientes a la hora de encontrar nuevas motivaciones o explicaciones para una militancia que hacía ya décadas que sus protagonistas querían olvidar. Lo hizo de forma paralela a mis visitas a un buen número de archivos municipales de Galicia en los que, milagrosamente, se conservaban legajos y hojas sueltas de gran interés para reconstruir lo que había sido Falange en un ayuntamiento concreto. Los avatares de la misma en el periodo que media entre el primer gobierno de Suárez y la toma de posesión de las primeras corporaciones democráticas tras las elecciones de abril de 1979 son de sobra conocidos como para que necesitemos extenderlos en más consideraciones. Galicia no constituyó en este punto una excepción, lo que en nada puede sorprender, sobre todo si tenemos en cuenta los

---

<sup>2</sup> Entrevista con Ángel López Gutiérrez realizada por X. M. Núñez Seixas y M. Wouters el 23/04/1989, pp. 1 y 2 de la transcripción (UPDOC-76).



porcentajes de continuidad entre las élites locales del tardofranquismo y las blanqueadas por el sufragio ciudadano en tales comicios.

Aunque parte de esta documentación hacía referencia a la etapa anterior al golpe militar, había sido generada de forma invariable con posterioridad a este, lo que exigía extremar las precauciones a la hora de dar por sentado que lo que en ella se reflejaba guardaba alguna relación con lo «realmente» acontecido durante los años republicanos. A la inveterada tradición de falsificación de actas, expedientes y títulos en el ámbito concejil, había que sumar los inconvenientes derivados del tipo de escritos conservados, en su mayoría expedientes personales, listados de afiliados, certificados de conducta, informes de diversa naturaleza, solicitudes de subsidios, etc. Todos ellos emitidos en un tiempo en el que acreditar una militancia primigenia en el partido, justificar los servicios prestados a la causa, demostrar la persecución de que se fue objeto por parte de las izquierdas o probar la identificación espiritual con el movimiento cuando no se podía certificar la de acción constituía un activo que cotizaba al alza a la hora de solicitar prebendas o favores. Además, algunos de estos listados podían resultar engañosos a la hora de dar por sentada la existencia de una organización local con anterioridad al golpe militar, puesto que los afiliados podían haber cursado su alta en otras localidades y figurar en los libros como residentes en su localidad de origen o de empadronamiento posterior<sup>3</sup>.

La inexistencia de registros coetáneos que pudieran contradecir lo atestigüado por alcaldes, secretarios y funcionarios de dudosa ecuanimidad —cuando no directamente implicados en toda clase de manejos caciquiles y tramas de corrupción y nepotismo— complicaba en extremo discernir cuánto había de verdad y cuánto de entelequia en lo que destilaban aquellas páginas. Aun así, proporcionaban una visión muy diferente a la tradicional, sobre todo en lo que se refiere a la etapa del Frente Popular, pues acreditaban la expansión de FE de las JONS en el ámbito rural galaico hasta unos límites por entonces insospechados. También ofrecían un buen número de datos personales de los falangistas en el teórico momento de su ingreso en la organización: edad, lugar de origen y de residencia, profesión, etc., aunque a veces diferían entre unos y otros.

El Archivo General Militar de Ávila me proporcionó acceso a un gran número de expedientes personales de milicianos, sobre todo de la provincia

---

<sup>3</sup> Es lo que sostiene, por ejemplo, X. Torres en el caso de Betanzos (vid. TORRES REGUEIRO, X., «Un achegamento á Falange local: O libro de afiliados á Falange de Betanzos (1936-1967)», en: *Anuario Brigantino*, 41, 2018, pp. 240-241).

de A Coruña, que brindan parecida información a la que podemos encontrar en muchos archivos municipales, incluidas referencias personales procedentes de diferentes instancias. Dado que en esta obra no se abordan más que de forma tangencial los aspectos relacionados con la movilización bélica, su interés se centra en el análisis de las trayectorias vitales esgrimidas por una parte de ellos, en especial cuando se refieren al período anterior al golpe de Estado, por lo que cabe acercarse a ellos con parecidas cautelas a los anteriores. Lo mismo sucede con diversos fondos del Archivo General de la Administración (AGA), donde pueden hallarse desde referencias a trayectorias personales de *camisas viejas* en los contextos más diversos a expedientes de depuración, informes de idoneidad para hacerse cargo de alcaldías y concejalías o correspondencia de la Junta de Mando Provisional de Falange, incluyendo varias cartas cruzadas entre Hedilla y varios mandos provinciales. Mucho más escasas han sido las referencias obtenidas en el Archivo General Militar de Segovia (AGMS) y el Archivo de la Subdelegación de Defensa de Ourense (ASDO), limitadas, en lo esencial, a referencias a mandos castrenses con alguna relación con Falange o con sus adheridos.

Otro tanto habría que decir con relación a los fondos de la Jefatura Provincial del Movimiento del Archivo Histórico Provincial de Pontevedra (AHPP), sin duda el más interesante de sus homónimos en lo que a esta temática se refiere. Las fichas de afiliados y el libro de inscritos en Falange, junto con diversa correspondencia, nos han permitido localizar a un buen número de falangistas pontevedreses, pero ni cubren la totalidad de los inscritos ni siempre resultan del todo exactos en lo que se refiere a sus datos personales. El resto de los archivos provinciales, incluido el Archivo del Reino de Galicia (ARG), apenas conservan referencias anteriores a julio de 1936, aunque en el caso de Ourense el Fondo de José Pérez Ávila, el jefe provincial de las Juventudes de Acción Popular Agraria (JAP/JAPA), combinado con su homónimo de la Biblioteca de la Diputación Provincial (BDPO), proporciona interesantes referencias relativas a las relaciones entre ambos grupos y al transvase de afiliados a partir de 1934 y hasta la entrada en vigor del Decreto de Unificación en abril de 1937.

Los aspectos relativos a la participación de los falangistas en el reparto del «botín de guerra» en forma de cargos y prebendas, la actuación de sus diversos servicios en retaguardia durante la contienda civil y algunas de sus actividades asistenciales ya han sido objeto de nuestra atención en trabajos anteriores, por lo que no son tratados en este libro. Otro tanto sucede cuando se trata de analizar el papel de *camisas viejas* y *nuevas* en los asesinatos y las ejecuciones llevadas a cabo en la retaguardia gallega, aspecto sobre el que ya

existen un buen número de trabajos. Sin embargo, las fuentes esenciales para historiar la violencia política y social protagonizada por aquellos con anterioridad al golpe de Estado, es decir, las diligencias y sumarios incoados por la jurisdicción militar y los tribunales ordinarios, tanto de Instancia como las Audiencias Provinciales y los Tribunales de Urgencia, y los libros de presos y detenidos gubernativos han resultado esenciales para abordar algunos aspectos de interés, al igual que contadas referencias en el Centro Documental de la Memoria Histórica de Salamanca (CDMH), circunscritas, en este último caso, a determinados episodios en los que se vieron involucrados afiliados a FE de las JONS de los que se hicieron eco diversos personajes que se carteaban con Calvo Sotelo y Gil Robles o con alguno de sus hombres de confianza en Galicia.

Los procesos militares, conservados en su totalidad en el Archivo Intermedio Militar Noroeste de Ferrol (AIMN), al margen de los iniciados contra falangistas, contienen en algunos casos referencias de lo más diverso que interesan de modo especial en esta investigación, al igual que sucede con los fondos procedentes de las Comisiones Provinciales de Incautación de Bienes (CPIB) y del Tribunal Regional de Responsabilidades Políticas (TRRP), dispersos en diversos archivos, entre ellos el propio AIMN, los histórico-provinciales y los de varias Audiencias Provinciales. Entre ellas, nombres de colaboradores y cotizantes en la sombra y de afiliados al partido previos a julio de 1936; noticias sobre diversos servicios de Falange, en particular el de Información, con menciones a infiltrados en Casas del Pueblo y sindicatos izquierdistas; enfrentamientos y choques anteriores al golpe militar silenciados por la censura de prensa; alusiones a falangistas extrañados a diversas localidades que fueron capaces de tejer una red más o menos tupida de conexiones y concomitancias personales muy importantes a partir del momento en el que irrumpen en ellas las columnas militares encargadas de declarar el estado de guerra; detalles sobre las relaciones con otros partidos y fuerzas políticas afines; etc.

Las fuentes judiciales ordinarias y los escasos fondos de los antiguos Gobiernos Civiles y de los centros penitenciarios son útiles para desgranar el rosario de incidentes en los que se vieron envueltos los seguidores de José Antonio prácticamente desde que salieron de las catacumbas, así como para documentar las múltiples detenciones y destierros decretados por la autoridad gubernativa. Aunque incompletas y fragmentarias, nos han permitido ampliar la nómina de afiliados y simpatizantes del partido a partir de 1935 y de modo particular tras la victoria electoral del Frente Popular, cuando aquellas crecen de modo exponencial. No menos importantes resultaron en este

punto los expedientes policiales, una pequeña parte procedentes del Archivo Histórico Nacional (AHN) y centenares de ellos custodiados en el Archivo de la Comisaría de Ourense (ACO) antes de los sucesivos expurgos de que fue objeto. El Archivo del Congreso de los Diputados (ACD), completado con diversos fondos de los histórico-provinciales, nos ha permitido cartografiar en detalle los sufragios «obtenidos» por Falange en las elecciones de febrero de 1936 a partir de las actas de escrutinio general y de las listas de candidatos proclamados.

La prensa regional y local, así como algunos diarios de tirada nacional consultados para fechas significadas, también ayudan a ampliar nuestra visión sobre aspectos muy concretos relacionados con Falange, a pesar de la cantidad de errores en cuanto a nombres y fechas que suelen contener. Las diferentes publicaciones promovidas por los dirigentes nacionales y los numerosos rotativos editados en Galicia y fuera de ella proporcionan algunos datos de interés, en la mayoría de las ocasiones fragmentarios, relativos a propaganda, enfrentamientos callejeros, detenciones de afiliados, aspectos organizativos, percepción de las izquierdas sobre el fascismo galaico, etc. Entre las primeras cabe citar a *La Conquista del Estado*, *JONS*, *Arriba*, *Y: revista para la mujer nacional-sindicalista* y *Haz*. Entre las segundas sobresalen *El Pueblo Gallego*, *La Voz de Galicia*, *El Faro de Vigo*, *La Tarde*, *La Región*, *Galicia*, *El Progreso*, *El Compostelano*, *El Eco de Santiago*, *El Obrero*, *El Correo Gallego*, *El Ideal Gallego*, *El Diario de Pontevedra*, *Unidad*, *Tribuna*. *Semanario popular de Tuy*, *El País*. *Diario de la tarde*, *Vida Gallega*, *Nova Galicia*, *Ahora*. *Diario Gráfico*, *Hoja Oficial del Lunes*, *Mundo Obrero*, *La Nación*, *El Debate*, *ABC*, *La Vanguardia*, *El Norte de Castilla*, *El Diario Regional* y *El Noroeste* (Gijón). Tras la sublevación, la conversión de *El Pueblo Gallego* en el periódico regional falangista por excelencia y la aparición de otros noticieros vinculados al partido como *Arco* o *Rumbo* suministran un volumen de información mucho más elevado que en la etapa anterior, pero con los mismos inconvenientes derivados de la rígida censura y de la visión parcial que interesaba transmitir a los dirigentes en cada momento concreto.

Finalmente, hemos consultado diversos archivos personales, de los que uno, el de Elías Díaz Seoane, que contiene una parte de la documentación que debió pertenecer al fundador de la Falange ourensana, Eduardo Valencia Fernández, tiene especial relevancia para reconstruir los momentos iniciales del movimiento fundado por José Antonio en dicha provincia. Como apuntábamos párrafos atrás con relación a los archivos municipales, es de sobra conocido el proceso de destrucción y de expurgo de los fondos procedentes

de las Jefaturas Provinciales del Movimiento durante el proceso de transición a la democracia, al igual que ocurre en el caso del AGA respecto a los precedentes de la Secretaría General. Las lagunas son especialmente notables en lo que se refiere a las listas de militantes y a los miles de informes elaborados por los servicios encargados de someter a una intensa vigilancia al conjunto de la población, incluidos los miembros del partido. A ello hay que añadir la destrucción coetánea de muchos documentos por parte de los dirigentes falangistas por temor a los continuos registros de que eran objeto, en especial durante la etapa del Frente Popular. Así lo reconocía el propio Valencia, víctima de una de estas inspecciones en su puesto de trabajo de la Delegación de Industria apenas una semana antes del golpe de Estado, que se saldó con la incautación de diversos papeles, recortes de prensa y correspondencia de la organización.

Llegados a este punto, conviene recordar que los análisis sobre el fascismo en general estuvieron marcados durante décadas por la divisoria militante «fascismo vs. antifascismo», a lo que en el caso español habría que sumar su relación con la debatida cuestión de la naturaleza del régimen franquista pues, al cabo, como señalaba F. Gallego, «todo debate sobre el franquismo es un debate acerca del fascismo»<sup>4</sup>. Este hecho, unido a la progresiva degeneración a la que se ha visto sometido el concepto de *fascismo*, contribuyó a la proliferación de estudios en los que determinados aspectos que resultaban incómodos fueron orillados en aras de la construcción de un relato compatible con la realidad política y social *deseada*, lo que a su vez acentuó la propensión a seleccionar de forma preferente los hechos que mejor se acomodaban a dicha narrativa y a interpretarlos conforme a aquella. De este modo, el presente *imaginado* tendía a convertirse en el árbitro supremo para enjuiciar lo que había ocurrido *en realidad* y, sobre todo, a la hora de construir una determinada hermenéutica que, en ocasiones, estaba más guiada por la pretensión de ganar en el pasado las batallas perdidas o no entabladas en el presente.

La contrastada inclinación de quienes se identificaron con el fascismo y de quienes solo pretendían simularlo a la hora de (re)construir sus propias experiencias vitales para disfrutar de los beneficios y provechos de la victoria acabó por reforzar esta tendencia. El abrumador peso de estos últimos en

---

<sup>4</sup> GALLEGO, F. «La experiencia fascista. Doctrina, vivencia y proyecto contrarrevolucionarios en España y en la Europa de la crisis de mitad de siglo (Comentarios al hilo de un artículo de Miguel Ángel del Arco Blanco)», 2014. Disponible en [https://ddd.uab.cat/pub/poncom/2014/119050/LA\\_EXPERIENCIA\\_FASCISTA.pdf](https://ddd.uab.cat/pub/poncom/2014/119050/LA_EXPERIENCIA_FASCISTA.pdf), consultado el 3 de marzo de 2022, p. 4).

los miles de informes de conducta, pliegos de descargo y hojas de servicio redactadas en tono heroico con la esperanza de obtener el más variado repertorio de recompensas y prebendas o el preciado aval dificulta en sobremana ofrecer una lectura lo más ecuánime posible de tales recorridos. Sin embargo, el variado elenco de fuentes utilizadas en esta investigación nos ha permitido ofrecer una respuesta plausible a las mismas preguntas que nos hacíamos hace más de tres décadas: *quiénes* habían sido los falangistas, *por qué* se habían convertido en falangistas y *qué habían hecho* como tales falangistas. Y contestar a las mismas significa también contribuir a enriquecer algunas de las cuestiones generales más debatidas en los estudios sobre los movimientos fascistas, tanto en el conjunto de España como en el ámbito europeo.

En primer lugar, las relacionadas con la capacidad de atracción de un movimiento que en sus orígenes podía ofrecer escasos incentivos para retribuir a sus afiliados y, por consiguiente, las claves para entender tanto la *rational choice* que los impulsó a optar por dicha militancia como las *dérives* singulares de individuos de la más diversa extracción social e ideológica. También, todo aquello que tiene que ver con la comprensión dinámica del proceso mediante el cual el primitivo fascismo hispánico logró ir ampliando su primitivo círculo de identificación, proporcionando mayores oportunidades de entendimiento a individuos y a sectores sociales que hasta entonces lo habían esquivado, pero cuyos referentes culturales no resultaban antagónicos sino que ofrecían espacios en los que era posible encontrarse y reconocerse. Desde luego, la explicación de cómo ese fascismo se «fascistiza» mucho antes de que la inminencia de la «revolución nacionalsindicalista» acabase por desembocar en una sempiterna «revolución pendiente» y, por consiguiente, el modo en que los fascistas gallegos se encuentran en el terreno de la reacción con algunos de los más caracterizados representantes de este espectro y estos, a su vez, se van fascistizando para reconocerse con aquellos en un espacio común que se va haciendo más y más ancho. O, por no extendernos en demasía en estas páginas introductorias, la cuestión de por qué la derivada de este complejo proceso no podía traducirse en una mera operación restauradora de lo *viejo*, pero tampoco en algo completamente *nuevo* una vez que el golpe de Estado degeneró en guerra civil.

En esencia, estas son las cuestiones centrales que se plantean en este libro, que repasa la trayectoria de los diferentes núcleos fascistas en Galicia desde los primeros conatos vinculados a *La Conquista del Estado* hasta la creación de FET y de las JONS, sin perder de vista la dimensión nacional, imprescindible para hacer inteligible su cambiante trayectoria. Partiendo del

## INTRODUCCIÓN

relato de su desarrollo a lo largo del agitado sexenio que abarca desde su nacimiento hasta la entrada en vigor del Decreto de Unificación, abordamos los aspectos organizativos del movimiento y, sobre todo, prestamos especial atención a esas cuestiones singularmente controvertidas a las que hacíamos referencia, en particular las relacionadas con los elementos que intervienen en la decisión personal de entrar en el partido, la composición sociológica de sus miembros, los intereses a los que servían, las tensiones entre discurso y *praxis*, los elementos referenciales de la *comunidad* falangista, el papel de la violencia política, la implicación de afiliados y simpatizantes en la conspiración militar y el proceso que conduce a la unificación.





## LOS PRIMEROS CONATOS FASCISTAS

La cuestión de los antecedentes del fascismo español no ha sido del todo pacífica entre la historiografía. Las derivaciones autoritarias del maurismo y sus aportaciones ideológicas, escénicas y conceptuales han sido señaladas como precedentes remotos de aquel, destacando el papel jugado por esa fracción de la derecha que, como resultado de las dificultades de regeneración del sistema restauracionista, optó por el abandono del parlamentarismo. Sus juventudes, ante el incremento de la presión de la izquierda obrera a partir de 1917, contribuyeron a crear el caldo de cultivo para la movilización callejera de la derecha más reaccionaria en estrecha relación con las denominadas «ligas ciudadanas» o «uniones cívicas» que proliferaron en distintos lugares de la geografía española, todavía más vinculadas al nacionalismo radical que al fascismo, pero ya marcadamente antiliberales<sup>1</sup>. Por su parte, Manuel Delgado Barreto, exdiputado maurista por Santa Cruz de Tenerife, tras el triunfo fascista en Italia, utilizó la plataforma del diario vespertino *La Acción* para reclamar junto con sus seguidores el surgimiento de un «Mussolini español» y la creación de una milicia, la «Legión Nacional». Esta, a imitación de los *Fasci italiani di combattimento*, se nutriría de veteranos de la guerra de Marruecos aprovechando el descontento existente por la marcha de la guerra y su propia situación personal. En diciembre de 1922, con el apoyo de la Patronal, publicaron un solitario número de la revista *La Camisa Negra* en el que defendían tales planteamientos sin apenas alcanzar eco ni lograr continuidad<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> GONZÁLEZ CALLEJA, E., *La razón de la fuerza: orden público, subversión y violencia política en la España de la Restauración (1875-1917)*, Editorial Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1998 y *El máuser y el sufragio. Orden público, subversión y violencia política en la crisis de la Restauración (1917-1931)*, Editorial Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1999.

<sup>2</sup> GIL PECHARROMÁN, J., «Un partido para acabar con los partidos: el fascismo español, 1931-1936», en: *Bulletin d'histoire contemporaine de l'Espagne*, 51, 2017, p. 70.

«La Traza», alentada por oficiales de las guarniciones militares de Barcelona y la Capitanía General, tampoco ocultaba sus simpatías por la milicia fascista italiana, su deseo de hacer frente en la calle a las movilizaciones obreras o de signo democrático ni su rechazo del catalanismo y el parlamentarismo. Sin embargo, garantizado el orden tras el golpe de Estado de Primo de Rivera, sus pretensiones acabaron confundiendo con las de este, como prueba el ingreso de la mayoría de sus miembros en la Unión Patriótica creada por el dictador, aunque un grupo reducido acabaría integrándose en Falange<sup>3</sup>. También han sido objeto de debate la cuestión de la naturaleza de la Unión Patriótica<sup>4</sup> y ciertas propuestas del sector más radical de la Unión Monárquica Nacional, de cuyo secretariado formó parte el hijo del dictador. Esta última, que recoge el testigo de la anterior una vez expirado el segundo marqués de Estella, gozó de algún predicamento en Galicia, sobre todo en Ourense, provincia en la que Calvo Sotelo gozaba de sólidos apoyos desde finales de la década de 1910. Con todo, no será hasta la aparición del Partido Nacionalista Español (PNE), fundado en abril de 1930 por el neurólogo valenciano José María Albiñana, cuando se pueda hablar con relativa propiedad de la irrupción en el panorama político español de un «precursor» del fascismo<sup>5</sup>.

Esta formación presenta, en efecto, algunos de los rasgos externos característicos de las formaciones fascistas, incluida una milicia propia, los «Legionarios de España», en rigor más próxima a las «partidas de la porra» que a los «camisas negras» italianos. No obstante, sus orígenes parecen estar todavía más relacionados con ese proceso de radicalización reaccionaria y ultracatólica de un sector del conservadurismo español que con un auténtico partido fascista. De hecho, fue el propio Delgado Barreto quien, frustrados sus anteriores llamamientos, le abrió las puertas de *La Nación* para difundir su ideario. Autores como Herbert R. Southworth —que lo califica de «conservador indisciplinado y violento»<sup>6</sup>—, J. Jiménez Campo, P. C. González Cuevas, J. L. Rodríguez Jiménez y el propio J. Gil Pecharromán consideran que el PNE no

<sup>3</sup> PAYNE, S. G., «Fascist Italy and Spain, 1922-45», en: *Mediterranean Historical Review*, 13, 1998, pp. 100-101; THOMÀS, J. M.<sup>a</sup>, *Los fascismos españoles*, Editorial Planeta, Barcelona, 2011, pp. 42-46.

<sup>4</sup> GONZÁLEZ CALLEJA, E., *La dictadura de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.

<sup>5</sup> Sobre el PNE, además de las obras escritas por su inspirador, vid. PASTOR, M., *Los orígenes del fascismo en España*, Editorial Júcar, Madrid, 1975; y GIL PECHARROMÁN, J., *Sobre España inmortal solo Dios. José María Albiñana y el PNE (1930-1937)*, UNED Ediciones, Madrid, 2000.

<sup>6</sup> SOUTHWORTH, H. R., *Antifalange. Estudio crítico de "Falange en la guerra de España: La Unificación y Hedilla" de Maximiano García Venero*, Editorial Ruedo Ibérico, París, 1967, p. 30.

fue un partido fascista ni protofascista y que ni siquiera sufrió un proceso de fascistización manifiesto, excepto de modo parcial y durante unos pocos meses. En la práctica, a juicio de este último, ejemplificaría la *dérive* de un sector del antiguo conservadurismo liberal hacia posiciones reaccionarias y ultracatólicas como las que por entonces encarnaba la Comunión Tradicionalista, en cuyo interior se disolvería ya iniciada la Guerra Civil. También E. González Calleja señala los límites de su fascistización, asegurando que, pese a su discurso antiparlamentario y su predisposición a la violencia, se limitaba a repetir los tradicionales mantras del conservadurismo reaccionario<sup>7</sup>.

Se trataba, en definitiva, de movilizar a la masa neutra de la pequeña burguesía conservadora y del proletariado católico con la pretensión de facilitar el retorno a los tiempos de la dictadura primorriverista y a la vez impedir una apertura democratizadora que pusiera en peligro el modelo de Estado y el orden socioeconómico vigente, lo que lo acercaría más a las Ligas Patrióticas de la derecha radical francesa que al Partido Nacional Fascista. Ramiro Ledesma, en su afán por marcar distancias con quien quiso presentarse como émulo de Mussolini, calificó a su movimiento de «gesticulación reaccionaria [...] al servicio descarado de la aristocracia terrateniente y de los núcleos más regresivos del país»<sup>8</sup>, por lo que su principal aportación habría sido ofrecer nuevas formas de organización política y sentar las bases de la derecha radical<sup>9</sup>.

No parece, en todo caso, que las propuestas de este exaltado médico encontraran demasiado eco en Galicia. La excepción fue el pequeño «Centro Nacionalista de Vigo», un refugio de monárquicos intransigentes y nostálgicos cerrado a principios de agosto de 1932, al parecer antes de la *sanjurjada*<sup>10</sup>, a raíz de la cual se producirían diversas detenciones y registros tanto en la ciudad olívica como en Pontevedra, entre ellas las de buena parte de la directiva de la Unión Regional de Derechas (URD)-CEDA, comenzando por su secretario de entonces Víctor Lis Quibén<sup>11</sup>. Incluso su encendido verbo tampoco parecía el más adecuado para un territorio donde el peso de upetis-

<sup>7</sup> GONZÁLEZ CALLEJA, E., *Contrarrevolucionarios: Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Alianza Editorial, Madrid, 2011, p. 134.

<sup>8</sup> LEDESMA RAMOS, R., *¿Fascismo en España?* Edición crítica de Roberto Muñoz Bolaños, Editorial SEPHA, Málaga, 2013, p. 193.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 69. Sobre su figura resultan imprescindibles las investigaciones de CASALI, L., *Società di massa, giovani, rivoluzione. Il fascismo di Ramiro Ledesma Ramos*, Editorial Clueb, Bologna, 2002 y GALLEGO, F., *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Editorial Síntesis, Madrid, 2005.

<sup>10</sup> GONZÁLEZ CUEVAS, P. C., *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Editorial Tecnos, Madrid, 1998, p. 165.

<sup>11</sup> *El Pueblo Gallego*, 17, 19 y 23/08/1932.

tas y somatenistas era más que suficiente para mantener a raya a una izquierda que no comenzó a desperezarse hasta los estertores de la Dictadura. Cuando a partir de la primavera de 1933 Albiñana intentó conferir nuevos bríos al partido, la consolidación de otras alternativas de signo fascista —como muy agudamente ya acertó a intuir el embajador alemán, conde Johannes Bernhard Graf von Welzeck, en uno de sus informes<sup>12</sup>— y tradicionalista y la influencia del calvosotelismo en provincias como A Coruña y Ourense bloquearon cualquier posibilidad para que este grupo tuviera la más mínima opción de asentarse. De hecho, algunos de sus militantes acabarían nutriendo las filas del falangismo en diversos puntos de Galicia<sup>13</sup>.

En febrero de 1931 un grupo de once jóvenes articulados alrededor del zamorano Ramiro Ledesma Ramos, buen conocedor de la filosofía alemana y del nacionalsocialismo, dio a conocer un panfleto titulado «La Conquista del Estado. Manifiesto Político», que repartieron por las calles de Madrid sin despertar muchos entusiasmos. El 14 de marzo se publicó el primer número del semanario homónimo, cuya cabecera copiaba de *La Conquista dello Stato*, fundada en 1924 por el periodista y escritor Kurt Eric Suckert, más conocido por su pseudónimo de Curzio Malaparte<sup>14</sup>. Además de reproducir dicho manifiesto, el boletín daba cuenta de la creación de «un grupo compacto de españoles jóvenes» dispuestos a iniciar «una acción revolucionaria en pro de un Estado de novedad radical», marcando distancias con la clase política del momento, tanto monárquicos como republicanos, que «no logran desligarse de las mediocres contexturas del viejo Estado». Se trataba, en esencia, de un programa de diecisiete puntos en el que se afirmaba la supremacía del Estado sobre el individuo y los particularismos, incluida la Iglesia; un nacionalismo de marcados rasgos imperialistas; un proyecto descentralizador que preveía una especie de confederación de municipios en comarcas dotadas de autonomía administrativa bajo control del Estado; un «Estado sindical» de bases corporativas, contemplando incluso la expropiación y nacionalización de tierras para su entrega a los municipios y entidades sindicales campesinas; la defensa del papel jugado por la Universidad, de la que debería salir una nueva hornada de jóvenes dispuestos a sustituir lo antiguo por lo nuevo; y la defensa de

<sup>12</sup> VIÑAS, Á., *La Alemania nazi y el 18 de Julio*, Alianza Editorial, Madrid, 1974, p. 496.

<sup>13</sup> La importancia del componente albiñanista también es notoria en otros territorios, caso del País Vasco (vid. FERNÁNDEZ REDONDO, I., *El proyecto fascista en el País Vasco, 1933-1945*, Tesis doctoral presentada en la Universidad del País Vasco, 2018, pp. 27-28).

<sup>14</sup> APARICIO, J., *Aniversario de La Conquista del Estado*, Editorial Publicaciones Españolas, Madrid, 1951, p. 29.

las minorías audaces compuestas por jóvenes equipos militantes, «sin hipocresías frente al fusil y a la disciplina de guerra», en aras de la eficacia revolucionaria. La organización se estructuraría en células sindicales y células políticas. Las primeras estarían formadas por diez individuos pertenecientes a un mismo gremio o sindicato y las segundas «por cinco individuos de profesión diversa», constituyendo ambas «la unidad inferior que tenga voz y fuerza en el partido». De acuerdo con su naturaleza esencialmente juvenil, se requería tener entre los dieciocho y los cuarenta y cinco años para ingresar en cualquiera de ellas, no pudiendo «intervenir de un modo activo en nuestras falanges» los españoles de mayor edad<sup>15</sup>.

Además de Ledesma, formaban parte del comité organizador Ernesto Giménez Caballero —animador de la revista *La Gaceta Literaria* (1927-1932)—, Ricardo de Jaspe Santoma, Antonio Bermúdez Cañete, Francisco Mateos González, Antonio Riaño Lanzarote, Roberto Escribano Ortega; Juan Aparicio López, Alejandro M. Raimúndez, Ramón Iglesia Parga y Manuel Souto Vilas, los tres últimos de origen gallego.

Ramón Iglesia Parga era natural de Santiago de Compostela, donde vio la luz en julio de 1905 en el seno de una familia católica y conservadora, pero tras cursar el bachillerato en tierras gallegas la familia se trasladó a Madrid. En la capital de España estudió Filosofía y Letras, sección Historia, habiendo tenido como profesores a Manuel García Morente, José Ortega y Gasset y Ramón Menéndez Pidal, entre otros, siendo además bibliotecario del Ateneo entre 1933 y 1934. Conocido por su seudónimo de «R.I.P.», fue el encargado de distribuir el «manifiesto político», aunque poco después acabaría ingresando en el Partido Comunista de España (PCE), viéndose obligado a exiliarse como consecuencia de la guerra civil<sup>16</sup>.

No más duradero fue el compromiso con el fascismo del estudiante de Economía de origen ourensano A. M. Raimúndez, ateneísta y miembro del Secretariado de Galicia en Madrid, que acabaría acercándose al Partido Radical. La guerra civil le sorprendió en Barcelona, donde ejercía como catedrático de la Escuela de Comercio, huyendo a continuación a Londres por

<sup>15</sup> «Nuestro Manifiesto político», *La Conquista del Estado*, 1, 14/03/1931.

<sup>16</sup> LEDESMA RAMOS, R., *Obras Completas*, Ediciones Nueva República, Madrid-Barcelona, 2004, vol. 4, p. 168. Vid. Las notas biográficas a cargo de su hija en IGLESIA LESTEIRO, M. F., «Mi padre, Ramón Iglesia (Un historiador de la Generación del 27)», en: ÁLVAREZ BLANCO, R. y VILAVEDRA FERNÁNDEZ, D. (coords.), *Cinguidos por una arela común, en el homenaje al profesor Xesús Alonso Montero*, Editorial Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico de la Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, 1999, vol. 1, pp. 1243-1274.

temor a que su anterior militancia pudiera costarle la vida<sup>17</sup>. Mientras duró aquel, ejerció como administrador de la revista y colaboró con algunos artículos de contenido económico y de análisis de la problemática estatutaria gallega. Respecto a los primeros, abogaba por la «ineludible e inaplazable necesidad de crear una verdadera economía nacional o un sistema de política económica nacional», lo que implicaba alcanzar la «independencia máxima de nuestra economía frente a las conveniencias extranjeras» y llevar a cabo una política nacional por encima de los intereses de partido, arremetiendo también contra la política monetaria del banco de España<sup>18</sup>. Respecto a lo segundo, no dudaba en afirmar la existencia «de una conciencia colectiva gallega en torno a la aspiración de su autonomía», compatible con la existencia de un único Estado español, al tiempo que marcaba claramente los límites de aquella:

Frente al sentimiento individualizado, nos alzamos nosotros —partidarios decididos del reconocimiento de los países iberos— con la afirmación de que los destinos históricos que queden por realizar, sólo puede llevarlos a cabo España, una e indivisible, como expresión suprema del conjunto ibero. Las regiones han de hacer Historia sí; pero no su historia, sino la de España, agrupados en un fin común, superior a las limitaciones regionales. [...]

Nosotros somos opuestos a la atomización de un pueblo que puede rendir servicios brillantes a la Humanidad. Y afirmamos esto, porque tenemos fe profunda en la grandeza de la raza. [...]

Comprendemos la conveniencia de la autonomía de los países iberos, cuando esta no merme la grandeza y el porvenir del Estado español, que para nosotros lo es todo en este caso.

Más adelante criticará también las «pretensiones de los secesionistas enmascarados» que, según su visión, pretendían imponer como lengua única sus respectivos idiomas y a la vez que se muestra partidario de la autonomía no oculta su preocupación por los «aturdimientos sentimentales, aldeanos,

---

<sup>17</sup> NÚÑEZ SEIXAS, X. M., *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*, Editorial Comares, Granada, 2012, p. 55. J. L. Jerez Riesco afirma que era en realidad geógrafo y que tenía a su cargo la contabilidad de *La Conquista del Estado* y de las Ediciones Zaus (vid. JEREZ RIESCO, J. L., *Los hijos del trueno. Historia de la Falange en Galicia*, Ediciones Fides/Ediciones Esparta, Madrid, 2018, p. 71).

<sup>18</sup> «El desastre de la economía nacional», *La Conquista del Estado*, 5, 11/04/1931.

que perjudiquen a las regiones, o los gestos agresivos, alevosos y traidores, que descarguen sobre España una época de división y derrotismo»<sup>19</sup>.

Manuel Souto Vilas nació en diciembre de 1903 en el seno de una familia de origen campesino. Estudió Derecho en la Universidad de Santiago de Compostela y se trasladó a Madrid para culminar el doctorado en 1927, donde además realizó estudios de derecho municipal comparado con Adolfo Posada. Paralelamente, remató Filosofía y Letras en el curso 1928-1929 y al finalizar el curso 1931-1932 preparó oposiciones para catedrático de Filosofía y Letras de Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, optando por el de Santiago, donde tomó posesión en septiembre de 1932. Pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, vivió el ascenso al poder del nacionalsocialismo durante su estancia en la Facultad de Filosofía de Friburgo en el curso 1933-1934, aprovechando para culminar en junio de 1935 su tesis doctoral sobre Hegel, que le dirigió Ortega y Gasset. Entre sus colaboraciones en *La Conquista del Estado* figura una dedicada a la juventud, muy del gusto de los tiempos, en la que, entre otras cosas, realizaba un canto a esa nueva generación «demiúrgica, roja, operativa» que «se niega a ser en lo político la promesa de vida que cubre los puestos vacantes en los escalafones de los viejos partidos». Esa juventud, que reclamaba su pase a la vanguardia, debía estar penetrada del «máximo coraje [...] para demoler y triturar la concepción y estructura burguesas de la vida, pero principalmente de su faceta social económica, y coraje para instaurar un mundo repleto de contenidos humanos»<sup>20</sup>.

Sin embargo, lo más original de sus aportaciones son una serie de artículos que denotan su preocupación por los problemas del campo desde una curiosa óptica que no solo reclama «legislar para el campesino» para permitir «valorizar sus economías, impidiendo la explotación a que hoy se le somete» y permitiéndole «se defienda con las armas de la opresión caciquil»<sup>21</sup>, sino que opone a este con burgueses y proletarios por la condición ciudadana de ambos:

<sup>19</sup> Las citas proceden de sus colaboraciones en *La Conquista del Estado* de los números 7 (25 de abril), 10, (16 de mayo) y 13 (6 de junio de 1931). Cit., asimismo, en JEREZ RIESCO, *op. cit.*, nota 17, pp. 92-94.

<sup>20</sup> «Juventud y coraje», *La Conquista del Estado*, 12, 30/06/1931. La concepción del fascismo como vanguardia llamada a sustituir el decadente sistema liberal en SESMA LANDRIN, N., «De la elite intelectual a la aristocracia política. El discurso de la renovación ideológica y generacional en Gerarchia, Rassegna Mensile della Rivoluzione Fascista y Jerarquía, la revista negra de la Falange», en: MORENTE, F. (ed.), *España en la crisis europea de entreguerras. República, Fascismo y Guerra Civil*, Editorial Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011, p. 272.

<sup>21</sup> «Nuestras organizaciones. El “Bloque Social Campesino”», *La Conquista del Estado*, 14, 13/06/1931.

Desde el punto de vista campesino, burgueses y proletarios y, en cierto sentido, capitalismo y socialismo, son el anverso y el reverso de la misma medalla, son ciudadanos. [...] Burgueses y obreros, alta burguesía y socialistas proletarios son dos raíces voraces de un mismo tronco: la ciudad, que se hunde en los pingües extractos rurales y chupa su economía y su vida<sup>22</sup>.

El primero de dichos artículos se publicó en una sección denominada «Mirando a Galicia» con el título de «Campo y Ciudad» y en él reivindicaba la figura del campesino gallego, el «hombre prístino», dotado de un «tipo de humanidad superior», llamado a «contener la avalancha del hombre-masa», frente al ciudadano, el «hombre elemental»:

Y sólo ésta es la cuestión: que el hombre prístino, el paisano, suplantase políticamente al hombre elemental, el ciudadano. Hasta hoy el paisano se vio obligado a ceder, a replegarse, a sumirse en el tabernáculo de la paz aldeana. Todos los conatos políticos del paisano, del creador de nacionalidades, fueron sofocados. De sus instituciones públicas incipientes se ha apoderado el ciudadano; unas fueron asoladas o demolidas y otras saqueadas y transformadas; le han servido de alojamiento. En cambio, el paisano ha declinado acogerse a ninguna institución ciudadana. Heroico, ha vivido y vive a la intemperie. Las instituciones son para él elementos de imposición y vampiros originadores de su miseria vital<sup>23</sup>.

Amparándose en dicho desapego institucional, reclamaba la desaparición del Ayuntamiento de la vida rural galaica, pues «Sofoca, reprime e invalida toda acción campesina, toda espontaneidad social, y con las demás instituciones públicas, chupa hasta los tuétanos de la vida rural gallega». En consecuencia, consideraba que «la primera batalla política» habría de ser la de suprimir de raíz dicha institución y erigir «una de nueva invención, que recoja y ampare su vida, posibilite y desarrolle un amplio plan de

---

<sup>22</sup> «El campesino y la política. Ideas centrales para nuestro “Bloque Social Campesino”», *La Conquista del Estado*, 14, 13/06/1931. Vid., asimismo, «Mirando a Galicia. Campo y ciudad. Revalorización del campesino», *La Conquista del Estado*, 16/05/1931, donde califica de «hombre prístino» al campesino, que «debe afirmarse, debe engrasarse y lanzarse imponente a debelar al ciudadano: al burgués y su réplica el proletario».

<sup>23</sup> *La Conquista del Estado*, 10, 16/05/1931.



eficacia social y económica<sup>24</sup>. Su añoranza de épocas pasadas queda reflejada en otra de sus contribuciones, en la que llega a afirmar que:

Sólo los poderes eminentes eran autóctonos, estaban adheridos al terruño, adscritos al campesino. Nobleza, poder, derecho, arte, economía, ciencia, religión, Iglesia, surgían donde quiera que hubiese un puñado de tierra fecunda. Todos los valores humanos brotaban espontáneamente en cualquier rincón de la tierra. El hombre lo realizaba en el terreno que hollaban sus pies o cultivaban sus brazos. Todavía la mansión urbana no había suplantado al castillo, la sede obispal al monasterio, aún no se había roto la correspondencia entre la producción y el consumo, la economía para el consumo directo no había sido sustituida por la economía para el cambio. La fidelidad, la franca lealtad era un vínculo de solidaridad social, que apiñaba en torno a un destino común originario. Todos tenían vigencia, todos se exigían mutuamente. La fidelidad interesaba al señor y al vasallo. Una disciplina vital subordinaba unos a otros, y el coraje estremecía todas las comarcas. La vida indomable se arriesgaba en campo abierto, recorriendo la llanura o brincando sobre los riscos y gibas del terruño. Ningún lugar era preterido; todos hacen y cuentan su historia. Un abigarrado conglomerado de hombres fluía por la espesa red de caminos aldeanos, en donde, como en intrincado laberinto, cada paso lo enreda una adivinanza. La carretera montaraz y sórdida todavía no agrieta, la tierra, no respalda la aldea, presurosa a sus fines. La vida feudal —campesina— era profunda y densa<sup>25</sup>.

Los primeros en resignar de sus funciones naturales habrían sido, precisamente, esos «poderes eminentes», responsables de haber trasmutado «los vínculos de fidelidad, indicios de un destino común, en vínculos jurídicos, que reducen la sociedad a una suma de individualidades», y con ello deshacer la «comunidad de destino» que informaba al régimen feudal, desligándose de los deberes de asistencia al paisano. De este modo, se consuma el «éxodo del poder del campo a la ciudad, en donde se recluye la historia y los valores supremos de la vida. La vida aldeana queda exhausta de poder y, por tanto, se produce un enrarecimiento vital».

---

<sup>24</sup> *Ibid.*

<sup>25</sup> «Éxodo de poder, éxodo de riqueza, éxodo de hombres, enrarecimiento vital, miseria, desierto», *La Conquista del Estado*, 11, 23/05/1931.

También es objeto de crítica el papel de las ciudades a la hora de absorber la riqueza campesina, en particular «la ganancia o plusvalía determinada por la economía de cambio, mediante una desvalorización de los productos agrícolas y una valoración creciente de los productos industriales y la actividad de la masa de profesionales». A ello habría que sumar la atracción que para el pequeño ahorro rural suponían los bancos, de modo que «El éxodo de la riqueza está perfectamente organizado, encarrilado. La miseria del campo está sistematizada pérfidamente». Todo ello —enrarecimiento del ambiente social campesino, percepción de ser un mero objeto en lugar de protagonista de la historia y sentirse sojuzgado en su trato con los supremos valores de esta— daría lugar a lo que el autor denomina «aburrimiento» o «hastío de la vida campesina», lo que obligaría a acudir a la ciudad «a procurarse eso que cada vez nos falta más», en particular los más elementales medios de subsistencia, puesto que «sobre el terruño se muere de hambre»<sup>26</sup>.

En la primavera de 1931, según confirmaba el propio semanario, Souto Vilas acudió a Galicia en viaje de propaganda para entender la nueva doctrina e intentar desvirtuar «entre los grupos directores de esa región todas las patrañas que se han difundido allí contra nosotros»<sup>27</sup>. Sus colaboraciones semanales permiten comprobar el casi nulo eco alcanzado por sus postulados cuando aseguraba que «No existe un movimiento de honda transformación política y social que se despliegue profuso sobre las cuatro provincias gallegas. La Galicia cuarteada continúa, tan provincial y tan municipal, como hasta aquí, sin pretender remover con denodado empuje su ridículo tinglado». Criticaba por igual los esfuerzos por dotarse de un Estatuto de Autonomía que la persistencia del caciquismo acomodaticio de todas las tendencias: «Antes se decían conservador o liberal; hoy se dicen republicano o socialista»<sup>28</sup>. Es en este contexto donde se realizan sus ya apuntados llamados a la constitución del «Bloque Social Campesino», una idea por entonces muy cara para el propio Ledesma, donde reclama la implicación del campesinado, hasta entonces ausente, en «las luchas políticas, sociales y económicas que conmueven al mundo y a su nación». Los campesinos, subrayaba,

[...] tienen que abandonar su mansa y suicida resignación. Es preciso que adquieran conciencia de clase, ambición y voluntad de poderío, y, dotados de esa conciencia y brioso coraje, se dispongan a intervenir en

---

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> *La Conquista del Estado*, 13, 6/06/1931.

<sup>28</sup> *Ibid.*

bloque en la vida del Estado. No pueden condenarse [...] a no labrar ni vivir su destino, a ser la sustancia nutricia de otras clases sociales. [...] A la hora presente se impone la movilización en bloque de los campesinos, la subversión de las relaciones de la ciudad con el campo y la liberación de los centros aldeanos de injerencias de instituciones públicas extrañas, principalmente de sus Ayuntamientos. ¡No más soborno de los mandos por los ciudadanos!<sup>29</sup>.

Nada tiene de sorprendente, pues, que en plena vorágine electoral para las Constituyentes Souto Vilas manifestase su desconfianza hacia la pretendida «revolución desde arriba» propiciada por los fautores del nuevo régimen, que no dudan en «[...] movilizar la máquina oficial y caciquil y hacer toda clase de presiones para que las abstenciones o los votos en blanco no sumen elevadas cifras. De nuevo la ciudad suplantarán al campo». Frente a la parsimonia y el recurso a los medios legales para encarar la transformación del país, Souto Vilas realiza un canto a la acción directa y afirma que

Las plañideras del orden no comprenden cómo una revolución incite la sangre y sublime el espíritu. Y que sangre encendida y espíritu sublimado sean una exigencia vital. La vida deserta de los hombres y de los pueblos de temple exiguo. Por eso, la revolución hay que hacerla desde abajo, pues es la única manera de templar y exaltar el hombre hispano y predisponerlo a la obra común. [...] Ahora bien, la constitución real de nuestra sociedad no se inhuma con fórmulas constitucionales, sino con el fragor popular. El fuego sagrado de la revolución debe consumir las viejas leyes y purificarnos de los hábitos adquiridos a su amparo. [...]

La Asamblea Constituyente nos viene muy de prisa y traiciona el momento español. La redención del pueblo, su salvación en estos momentos y para todo un futuro, reside en la fórmula revolucionaria: mínimo de acción gubernamental y máximo de acción directa popular. Se precisa, de un modo inexorable, que el poder coactivo que detenta el Gobierno en nombre del Estado pase a las manos del pueblo. No hay que engañarse sobre el carácter del poder coactivo del Estado; él es un poder revolucionario en su esencia y traicionado a la sociedad. Hay que devolvérselo, para que en el ajetreo cotidiano de sus fuerzas en lucha, España

---

<sup>29</sup> *La Conquista del Estado*, 14, 13/06/1931.

derroque el viejo estado social y encuentre sus nuevos caudillos, a quienes no sea posible desplazarlos ni birlarles el acta<sup>30</sup>.

Otro gallego, el ferrolano Santiago Montero Díaz, nacido en enero de 1911, sostuvo por entonces una interesante polémica intelectual con Ledesma desde una posición antifascista. Montero, tras retornar de Cuba con su familia en 1922, se había mostrado durante su etapa de Bachiller como un apasionado defensor de la identidad de Galicia, «concebida como una *región* que debía aportar sus glorias a España y salir de su abatimiento económico y su letargo social», a la vez que tomaba contacto con diversas iniciativas culturales de variado signo y hacía sus primeras incursiones en el mundo del periodismo. En esta etapa forjó un rasgo de su carácter al que siempre permanecería fiel: su confianza en la capacidad transformadora de las minorías cultas y activas y la necesidad de que su papel director fuese asumido por el conjunto de la sociedad<sup>31</sup>.

En 1926 se trasladó a Compostela para cursar la licenciatura de Filosofía y Letras, sección de Historia, ingresando en el *Seminario de Estudios Gallegos*, por entonces refugio de la intelectualidad de tendencia galleguista en momentos en los que la dictadura de Primo de Rivera no daba precisamente facilidades para las actividades políticas de los sectores nacionalistas. Como tendremos ocasión de ver, varios de aquellos jóvenes —y otros no tan jóvenes— ligados a estos ambientes acabarían también desembarcando en el fascismo mientras otros seguían trayectorias de lo más diverso. El inconformismo, un cierto sentido de inadaptación y rebeldía, el rechazo —no solo generacional— a la cosmovisión y al mundo de sus mayores, incluidas la decadente Monarquía y la propia Dictadura, un acusado vitalismo, la confianza en el papel de las élites y el gusto por la acción eran, tal vez, rasgos comunes a todos ellos. Al igual que una cierta idea regeneracionista, renovadora o incluso refundacional de Galicia, que, por su inconcreción, cada cual se representaba de un modo quizás no del todo coincidente pero que pasaba, de forma ineludible, por la imperiosa necesidad de que despertase de su letargo y de su secular postración para entrar en la senda de la modernidad. En el caso de Montero Díaz, a través de un acendrado nacionalismo español que se expresaba mediante la afirmación *regional* y que suponía reivindicar su papel en las glorias patrias y aun universales y revalorizar su papel de puen-

---

<sup>30</sup> «Lo único constituyente, el hecho revolucionario», *La Conquista del Estado*, 15, 20/06/1931.

<sup>31</sup> NÚÑEZ SEIXAS, *op. cit.*, nota 17, pp. 13-14, 16.

te de unión con Hispanoamérica a través de sus colectividades de emigrantes. El propio Montero se identificaba así con una especie de *españolismo regional*, lo que le llevaba a rechazar tanto el galleguismo político como la definición de Galicia como nación a la vez que criticaba los viejos tópicos existenciales en los que el nacionalismo había fundamentado la personalidad étnica de Galicia<sup>32</sup>.

Una vez culminados sus estudios con brillantez, fue nombrado profesor ayudante de clases prácticas de dicha Facultad, época en la que evolucionó hacia un acusado agnosticismo y hacia posiciones próximas a la izquierda marxista y al PSOE, además de mostrarse ferviente partidario del régimen republicano, de la democracia, del reformismo social y de la necesidad de elevar el nivel educativo y cultural de los individuos. No obstante, a finales de 1930 comenzó su alejamiento del PSOE y del reformismo republicano, afiliándose al PCE, probablemente en Madrid, antes de culminar este año. En esta ciudad, mientras cursaba el Doctorado en Letras en la Universidad Central, también tomó contacto con el *Secretariado de Galicia* y su principal animador: el antiguo dirigente regionalista Rodrigo Sanz. Quizá fuese a través del ya mencionado Alejandro M. Raimúndez, ateneísta, miembro del *Secretariado* y perteneciente al núcleo fundador de *La Conquista del Estado*, como Montero tuvo conocimiento de esta iniciativa, decidiéndose a enviarle una misiva en la que protestaba por las críticas al comunismo realizadas por Ledesma y, en particular, por considerarlo una ideología antinacional incompatible con el glorioso destino reservado para España.

La carta, publicada parcialmente en el semanario, no ocultaba, sin embargo, la simpatía del ferrolano por su «tono violento y enérgico» y aunque juzgaba «inaceptable» la posición política que defendía, la consideraba «decorosa y magnífica» en comparación con «la de los insolentes personajes que en estos momentos maniobran en España, con el Poder en las manos». Para Montero, aunque «extraño», su programa era «definido, prendido en violencia y coraje. Y siempre preferiré ese gesto joven a las monsergas y las componendas ministeriales»; al cabo, comunistas y fascistas coincidían en la identificación del mismo adversario: la democracia liberal. Del mismo modo, a pesar de considerarlo un «enemigo político» y de hacer votos por el triunfo de una revolución comunista en España, tampoco disimulaba su simpatía por Mussolini y lo que había significado de revolucionario y transformador en Italia, preferible, en su juicio, «a la tiranía legista y embozada de los actuales republicanos». En su opinión, no existía incompatibilidad entre

---

<sup>32</sup> *Ibid.*, pp. 25, 26, 29.

resurgimiento patrio y emancipación social, como se demostraba en el caso de la Unión Soviética. Por eso, terminaba insuflando ánimos a los seguidores de Ledesma en la seguridad de que «En la hora culminante de la Revolución, dispararemos juntos los verdaderos revolucionarios contra toda esa farsa degenerada. Después nos buscaremos para ver quién es el auténtico salvador de las masas hispanas»<sup>33</sup>.

No tardaría Montero en volver sobre esta cuestión. En su conocido opúsculo «Fascismo», publicado en 1932 en *Cuadernos de Cultura* —una colección inspirada por el socialdemócrata converso y antaño anarquista Martín Civera Martínez—, calificaba a este de «un perfecto Estado burgués, donde todos los aspectos de la vida [...] tienen un contenido antirrevolucionario y clasista, y donde se ha procurado que no exista una sola faceta de la sociedad en que la burguesía no realice una ofensiva, traducida en una toma militar de sus posiciones de clase». Como puede verse, el joven militante comunista no difería de la que entonces era la interpretación ortodoxa sobre este fenómeno en sus círculos: un nuevo intento de la burguesía para mantener su dominación de clase sobre el proletariado más perspicaz que los viejos despotismos y más audaz que las democracias liberales, ejemplificado en la traición de Mussolini a sus ideales revolucionarios e izquierdistas. Un ensayo, no obstante, condenado al fracaso, pues solo lograría diferir en el tiempo el inevitable triunfo de la revolución comunista.

En sus apostillas a *La Conquista del Estado*, se refería a la iniciativa como un intento de imitación del fascismo italiano, «un producto elaborado por una peña de intelectuales, inclinados hacia las soluciones políticosociales del fascismo» que se limitaba a reproducir para España todos los postulados que aquel proclamaba para Italia: nacionalismo, supremacía del Estado, corporativismo y culto a la patria. A su juicio, la diferencia era de mera táctica, pues mientras el fascismo «desarrollaba la táctica de la violencia y de la lucha contra el comunismo, como medio de conquistar el Poder burgués», *La Conquista del Estado*, al que calificaba de «órgano de los fascistas platónicos», no hacía más que «prometer actuar con iguales procedimientos, sin realizar la menor acción». A pesar de ello, consideraba digno de mención tal ensayo fascista, «realizado por unos jóvenes de talento, para que se vea el formidable poder mimético de este régimen, que tales entusiasmos despierta entre los medios financieros e intelectuales neta y específicamente burgueses»<sup>34</sup>. No

---

<sup>33</sup> *La Conquista del Estado*, 16, 27/06/1931.

<sup>34</sup> «Fascismo», *Cuadernos de Cultura*, Valencia, 1932. Disponible en: <https://www.filosofia.org/his/h1932a1.htm>, consultado el 20/09/2021.

tardaría Montero en sucumbir a los cantos de sirena emanados de las JONS abandonando su anterior militancia, según sus propias palabras, «en atención a una evolución de orden interior, sincera y purísima», que le llevó a transitar el camino «del internacionalismo marxista al nacionalismo hispánico»<sup>35</sup>.

---

<sup>35</sup> *El Compostelano*, 27/09/1933.